

Prisioneros de la esperanza

Zacarías 9:9-12

Mis queridos amigos y hermanos en Cristo, creo que todos ustedes han notado que muchas cosas han cambiado en los últimos años, meses, incluso aquí en Suiza, problemas de violencia, robos, basura en lugares públicos, quizás mínimos, pero hay cambios, algunos podrían comentar, que después de la pandemia fue el efecto de este cambio, puede en parte ser así.

Entonces;

¿Han notado que las cosas no son como deberían ser? Pero no es nuevo, pero si es real. Hay egoísmo, tragedia, angustia, dolor, maldad e injusticia por todas partes.

Dentro de cada uno de nosotros también. Incluso el apóstol Pablo clama en la epístola de hoy:

“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Rom 7:19). Todos los días, el pecado nos aflige. Todos los días fallamos incluso a aquellos a quienes amamos. Todos los días, otros también nos fallan, con intenciones dolorosas o con intenciones de provecho personal. Somos un desastre, todos somos un desastre.

Así es que; ¡necesitamos a alguien que nos libere de esta situación, un salvador poderoso y compasivo para tomar el control!

Afortunadamente, el Señor anuncia a través de Zacarías:

Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá· a ti, justo y salvador... (v 9a).

El Rey Jesús viene a tenerte bajo su reino de paz, libertad y esperanza.

I

Cuando el Señor sacó a su pueblo de Egipto, no era solo su Dios; también era su Rey. Pero el pueblo de Dios no estaba contento con tener a Dios como su Rey. Otras naciones tenían reyes terrenales.

El pueblo de Israel anhelaba también tener un rey. Dios les advirtió a través del profeta Samuel: un rey te cobrará impuestos, enviará a tus hijos a la guerra, tomará a tus hijas para sí y te fallará. Pero Israel insistió. Yahvé les dio un rey, Saúl, pero en verdad les falló terriblemente. Después de que David fue ungido como rey, el Señor prometió que uno de los descendientes de David gobernaría en su trono para siempre.

Incluso David falló. Asesinó a un soldado leal para ocultar su adulterio y robarle su esposa. A Salomón, el hijo de David, se le dio gran sabiduría, pero fracasó, siendo guiado por sus muchas esposas a permitir la adoración de dioses falsos. Después de Salomón, el reino se dividió y se debilitó. Rey tras rey no podían estar a la altura del Rey verdadero de Israel, el creador del cielo y la tierra. Finalmente, el último rey, Sedequías, fue llevado a Babilonia encadenado. Murió solo y en cautiverio.

En el tiempo de Zacarías en el año 520 a.C., parecía que la promesa de Dios había fallado. Los judíos no tenían rey. Habían estado en el exilio durante setenta años. Ahora habían regresado, y el templo se estaba reconstruido, pero Jerusalén todavía estaba en ruinas. Sin embargo, el Señor le dio a Zacarías esta poderosa promesa: *Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá· a ti, justo y salvador... (v 9a).*

Hermanos, alegrémonos grandemente, porque todos nosotros tenemos un rey, que nos cuida y guarda.

¡El Rey es el Señor mismo que viene a salvarnos! Él es un rey justo, fiel y bueno. Se sentará en el trono de David. Él tiene la salvación. Todas las cosas que han salido mal van a ser corregidas. Las palabras de Zacarías están llenas de alegría y paz, libertad y esperanza. Son un soplo de aire fresco para el pueblo de Dios. Solo tuvieron que esperar algunos años hasta que estas palabras se cumplieran el Domingo de Ramos cuando Jesús montó un burro en Jerusalén. Jesús venía a ser Rey y Salvador para todos, para restaurar a Dios como nuestro Rey.

II.

Tu rey, aunque es Dios todopoderoso, no monta un caballo o carro para cabalgar impresionantemente en la batalla. Jesús es un rey humilde. Él monta un burro en Jerusalén mientras elige servirte con humildad.

“humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (v 9b).

Tu Rey no impone impuestos a su pueblo, tampoco impone acciones a realizar, sino que otorga gratuitamente el perdón y la misericordia. Tu Rey no te envía a ti ni a tus hijos a la batalla primero. No, primero se hace un ejército de uno para derrotar el pecado, la muerte y Satanás llevando humildemente los pecados del mundo y su merecido castigo y condenación. Luego nos alista para que le sigamos en su victoria eterna. Tu Rey justo cumple perfectamente todo lo que se te exige y te acredita esa justicia al recibirle en su Santa Palabra, en el Santo Bautismo y en su santo cuerpo y sangre. Nuestro Rey no obliga a los súbditos a inclinarse ante él, sino que nos sirve amablemente con su palabra de perdón y de paz, que nos hace regocijarnos en su abundante misericordia y recibirle ansiosamente con reverencia y alegría.

Nuestro Rey se muestra tan amable y humilde cuando reina por primera vez en la cruz, pero allí establece un reino que nunca fracasará. Aunque humilde, es poderoso. Sólo Él nos defiende, eliminando los carros de batalla, los caballos de guerra y los arcos de guerra. Él destruye la muerte desde dentro para que sólo sea una cáscara vacía de sí misma. Es un guerrero poderoso. Es capaz de liberarnos.

III.

Por eso Zacarías se alegra: "Hablará de paz a las naciones" (v. 10b). La palabra para "naciones" aquí es la palabra para las naciones gentiles. El Rey Jesús es Rey para todos los pueblos. Él es Rey para ti, es el Rey para mí, es el Rey para todos. Jesús ofrece paz a todos. Curiosamente, Israel quería un rey para poder ser como todas las naciones, pero ahora en Cristo Jesús, Dios dio a su pueblo un rey que es para todas las naciones. El que todas las naciones necesitan desesperadamente, *“y su señorío será de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra” (v 10a).*

El Rey Jesús habla y da paz, es decir, paz con Dios. Él no da algún tipo de sensación de paz. Tampoco es su paz la mera ausencia de guerra. Pero es una rica paz de armonía, plenitud y bienaventuranza. A través de su muerte y resurrección, ahora mismo Jesús nos habla de paz: perdón, restauración como sus amados hermanos y hermanas. También garantiza que el día de la resurrección viene cuando, mientras permanecemos en él, toda enfermedad, debilidad y dolor serán desterrados y seremos liberados del pecado para siempre, disfrutando de su vida eterna.

Y hoy mismo Jesús viene humildemente en medio de nosotros. Hoy Jesús habla de paz en su palabra de absolución, limpiándonos a nosotros nuestro pecado, y "por la sangre de su pacto seremos salvos" (v 11).

Viene sobre el pan y el vino, su cuerpo y su sangre de la nueva unión, el nuevo testamento, la promesa de la sangre de Dios mismo. Desde el punto de vista del mundo, la Cena del Señor no es un acontecimiento poderoso. Parece ser una comida muy pequeña. Pero tú sabes por las palabras del Rey Jesús lo que realmente está sucediendo. El cielo invade la tierra aquí mismo. Jesús viene a todos en su cuerpo y en su sangre. No nos engañemos: es un Rey poderoso que viene en medio de nosotros, un Rey que puede destruir y condenar eternamente. Pero, afortunadamente, para los que nos arrepentimos de nuestros pecados y confiamos en la obra salvadora de Jesús, él viene suavemente a tocarnos, a limpiarnos de dentro a fuera. Nos perdona. Nos da fortaleza. Nos encuentra, cena con nosotros y nos anima. Nos reúne a todos nosotros a la mesa con su Padre y el Espíritu Santo.

El Rey Jesús nos reconcilia con el Padre. EL Rey poderoso nos defiende de los ataques de Satanás. El corta los carros, caballos de guerra, y arcos de batalla y te mantiene a salvo en su paz. Como escribió Martín Lutero para animar a los cristianos al Sacramento del Altar como defensa contra Satanás, el mundo y nuestra naturaleza pecaminosa: *"Si pudieras ver cuántos cuchillos, dardos y flechas te están apuntando cada momento [Efesios 6:16], te alegrarías de venir al Sacramento tan a menudo como te fuera posible. Pero no hay razón para que andemos tan seguros y descuidados, sino que ni pensamos ni creemos que estamos en la carne y en este mundo perverso o en el reino del diablo" (LC V 82).* Así que

"habita al abrigo del Altísimo " y " permanece bajo la sombra del Omnipotente " (Sal 91,1) dejando que Jesús te defienda y luche por ti en su cuerpo y sangre salvadores.

IV.

El Señor nos exhorta a través de Zacarías: *"Volveos a la fortaleza, oh prisioneros de esperanza" (v 12). Zacarías comenzó su libro con la llamada del Señor: "Volveos a mí" (1,3).*

Es cierto que no podemos ver el reinado de Jesús. Vemos un universo en caos. Estamos desconsolados por el pecado y por lo que el pecado ha destruido. Pero la Palabra de nuestro Señor no nos falla. Él cumple sus promesas. Él reina. Volverá visiblemente para liberar para siempre a sus fieles. Y el reinado de Jesús tiene sitio para ti. Con el Rey Jesús, vivirás una vida plena para siempre.

Mientras tanto, somos "prisioneros de la esperanza". Es decir, tenemos esperanza. No el vago deseo de un futuro mejor. Tenemos la confianza verdadera y gozosa de lo que vendrá en Cristo. Nuestra esperanza cierta es que Jesús regresará visiblemente, los muertos resucitarán y nosotros seremos transformados; que el pecado ya no existirá; que la muerte ya no será una carga para nosotros; que el dolor, la angustia y las pruebas habrán terminado; que ya no pecaremos, decepcionaremos ni fracasaremos. *El reloj no corre hacia nuestro fin, sino hacia la plenitud del reinado de nuestro Rey eterno.* Nuestro Rey ha venido y sigue viniendo por nosotros. Esta esperanza en Cristo nos sostiene, nos guarda, nos custodia hasta que nuestra esperanza se convierte en vida real.

Gracias a Dios, el Rey Jesús viene a ponernos bajo su reinado de paz, libertad y esperanza.

¿Cómo vivimos bajo el reinado de Jesús? Nos reunimos para celebrar su reinado sobre y en nosotros y para recibirlo. Nos alegramos y exclamamos en voz alta animándonos unos a otros con el canto de victoria de nuestro Señor. Perdonamos generosamente a quienes pecan contra nosotros, conociendo la plenitud del perdón de Jesús para con nosotros. Vivimos como quienes confían en nuestro futuro gozoso: toda carga, angustia, problema y dolor no durarán, sino que florecerá nuestra vida bajo el reinado del Rey Jesús. Como nuestro Rey, anhelamos que todos vivan con nosotros bajo su reinado. Y esperamos con gozosa y confiada esperanza. Nuestro Rey ha venido, sigue viniendo y vendrá para liberarnos. Amén.